

Sin tierra a la vista

JORGE BRUCE¹

La lectura y relectura del texto de Mariano Horenstein me condujeron a lugares insospechados. Estuve en una isla aislada (no hay redundancia que valga en el inconsciente), evocada por Derek Walcott, el gran poeta del promontorio volcánico de Santa Lucía –«En mi isla no hay otoños ni castillos»–, quien osó recrear a Homero en su poemario épico *Omeros* (Walcott, 1990/1994). Revisitó la vanguardia antropofágica brasileña de Oswald de Andrade y Tarsila do Amaral, sus siete leyes del arte, la práctica del canibalismo, que Mariano conoce requetebién por haber dirigido –acaso inventado– la revista de Fepal, *Calibán*. Regresé a un lugar que frecuento una y otra vez: el breve texto de Edward Said sobre Freud y los no europeos, así como sus melancólicas consideraciones sobre el estilo tardío (los cuartetos finales de Beethoven, el Moisés de Freud).

Estas peregrinaciones inopinadas me fueron inducidas, decía, por «Freud en Kabul». Es revelador, mejor dicho, el autor nos revela los personajes de los que se fue despojando (Lacan, Žižek, Benjamin), hasta aterrizar en Kabul, justo cuando despegaba el último avión fletado por los invasores, abandonando Afganistán en poder de los talibanes. Al dejar atrás esos nombres prestigiosos, totémicos pero también consabidos, Mariano nos da una pista paradójica: la necesidad de despistarse. Coincido con lo esencial de su llamado. La búsqueda de una desfamiliarización, un descentramiento que nos permita ser psicoanalistas imbuidos del deseo (observarán la insistencia del prefijo *des*) y no paralizados por la cartografía de la identidad. Una identidad enmarcada en unas coordenadas que los autores citados en el primer párrafo hacen estallar. Esa aventura que los guardianes del dogma se empeñan en deslegitimar. Lo hacen sin estridencia. Basta una ceja alzada, un silencio cortés, un aplauso protocolar². Lo que Mariano propugna –tal vez él no lo llamaría así, pero así lo siento– es el riesgo de esos navegantes “oméricos” (sin H, como los descendientes de esclavos de Walcott), en busca de ese afán que él había perdido por ser –disculpa, *brother*– tan chancón, tan buen alumno, tan disciplinado seguidor de las consignas impartidas por las grandes capitales europeas. Hasta que se

¹ Licenciado en Psicología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Magíster en Psicopatología y Psicoanálisis por la Universidad de París. jbruce6@hotmail.com

² La expresión “aplauzo protocolar” se hizo célebre en Perú por un chat denominado por sus integrantes Mototaxi, en el cual la jefa del partido de oposición al régimen de ese entonces daba instrucciones detalladas a sus congresistas para que se comportaran en el pleno.

cansó, sintió que se estaba anquilosando, las cuerdas de su instrumento emitían una música técnicamente irreprochable, pero desprovista de alma o pasión. Entonces emprendió su viaje a Ítaca/Santa Lucía.

Su peripecia me resulta ejemplar, acaso subversiva. Su primer puerto, en Córdoba la revolucionaria, es una –magnífica– revista irónicamente llamada *Docta*. Porque si algo no hace es adoctrinar culturosamente. Por el contrario, número tras número propone miradas inquietas y audaces, cuya lectura prefigura ese itinerario-manifiesto que es «Freud en Kabul». Aquí me permito una digresión, puesto que el nombre del fundador del psicoanálisis, asociado a un lugar tan «exótico» –precisamente, lo que Said (2003) denominó orientalismo– lo reclama. Mariano se subleva contra el *shibboleth* consistente en iniciar cada escrito psicoanalítico ortodoxo –perdonen el pleonasma– mediante la ritual referencia al fundador (o a quien ocupe su lugar, en función del culto al que pertenezca el autor). Como una plegaria y una secreta petición de clemencia.

¿Alguien pensó en el judaísmo? Aquí Said pone una serie de puntos sobre las íes en los titánicos trabajos de Freud. Permítanme citarlo *in extenso*: «¿Podría ser, acaso, que la sombra de antisemitismo proyectada tan ominosamente sobre su mundo en la última década de su vida hiciera que protegiera a los judíos dentro, por así decirlo, del refugio de lo europeo?»³ (p. 40).

¿Podría ser, entonces, que nosotros, los retoños de estas culturas híbridas, como las llamó tan acertadamente García Canclini, siguiéramos empeñados en permanecer en el recinto amurallado que nos protege de los bárbaros? Esto me recuerda, ya que hablamos de lo europeo, a la catástrofe de Chernóbil. En esa época vivía en París, y en Francia se decía que la nube radioactiva nunca traspasaría los linderos del hexágono (que es como los franceses llaman al mapa de su, mi país). No había evidencia científica alguna que respaldara semejante afirmación (al parecer, felizmente, la nube no llegó tan lejos), sino un pensamiento mágico, un *wishful thinking* con un dejo de superioridad tecnológica imaginaria. Después de todo, buena parte de la energía francesa proviene de centrales nucleares. Tal como lo ha dejado dolorosa y meridianamente claro Svetlana Alexiévich en *Voces de Chernóbil* (1997/2015), la tragedia de esa central es un clamor desgarrador sobre la omnipotencia humana y sus no tan secretos engarces con la pulsión de muerte. Ahora que los líderes del mundo están discutiendo como nunca antes acerca del

³ «*Could it be, perhaps, that the shadow of antisemitism spreading so ominously over his world in the last decade of his life caused him protectively to huddle the Jews inside, so to speak, the sheltering realm of the European?*».

calentamiento global y sus efectos devastadores, podemos constatar las múltiples derivaciones de esa alianza del mal.

Al viajar a este páramo contaminado digno de un escenario de Tarkovsky, respondo también a la invitación –sí, prefiero esta acepción a la de “llamado”– de Mariano Horenstein. Abandonar los senderos trillados, despojarse de las armaduras propias del dispositivo, mirar, escuchar desde la periferia. Que es, por lo demás, el lugar que habitamos⁴. Esto fue precisamente lo que hizo el autor cuando inició un nuevo tramo de análisis con un analista de *otra* escuela. Mariano se abstiene de precisar de cuál se trata. En esto es coherente con su alegato por la otredad. Seamos capaces de tolerar la incertidumbre de lo que se encuentra allende los linderos de nuestro pensamiento, técnica, ortodoxia, encuadre.

Lo que novelas como *Zama* del mendocino Antonio di Benedetto (1956) nos permiten atisbar es que la vida en los confines, al borde de la *terra incognita*, es siempre una espera interminable. De los bárbaros, de los monstruos, de los demonios. Sobra decir que se trata de acudir al encuentro de aquello que se aloja en ese lugar que Nicolás de Cusa llamaba Dios, de quien decía ser más íntimo al hombre que el hombre mismo. La *terra incognita*, o *terra ignota*, otrora servía en los planisferios para designar los espacios ajenos al mundo occidental. Nos cuesta aceptar que los habitantes de esos territorios sin cartografiar somos nosotros. En la Amazonía peruana existen algunas tribus que los antropólogos denominan semicontactados. A raíz de la pandemia y la urgencia de la vacunación, estos habitantes de bosques tropicales amenazados por colonos madereros e iglesias bienintencionadas han vuelto a ser noticia por un breve tiempo, perdiendo su ansiada, protectora invisibilidad.

Mariano evoca la tragedia de los campos, el horror concentracionario, Auschwitz. De la migración forzada hay un camino que suele tener su última parada en los campos. Lo hemos visto en la frontera entre México y los Estados Unidos. La propuesta que nos trae es una opción personal, pero, insisto, somos cada vez más los que sentimos la urgencia de una desidentificación con figuras patriarcales o coloniales. De ahí que la alusión a las tribus de semicontactados sea todo, menos casual. ¿Acaso no somos precisamente eso? Alguna vez tuve la oportunidad de presentar un voluminoso libro sobre la etnia machiguenga. No me pregunten qué hacía un psicoanalista en ese panel. Acepté hacerlo por una combinación de curiosidad, deseo de aprender, acaso orientalismo en el

⁴ Bien mirado, es el lugar que habitamos todos los analistas, en tanto que extranjeros. Sin embargo, como bien lo sabemos, no todos somos capaces de realizar el trabajo del exilio.

sentido de Said. Espero que también haya sido por eso que Mariano denomina identificación con objetos maltrechos, como contraparte a la desidentificación con los objetos idealizados del analista, el supervisor, los grandes maestros.

Luego de la presentación salimos a cenar con algunos dirigentes de esa etnia que habían participado en el evento. Estaban ataviados con sus trajes y tocados típicos, plumajes incluidos. En la mesa, uno de ellos me dio su tarjeta –tras haberme contado que había hecho estudios de posgrado en una prestigiosa universidad norteamericana–, y descubrí con asombro que su nombre era eminentemente castizo. Para prepararme para la presentación, me había aprendido algunos vocablos y expresiones de la bella lengua machiguenga⁵.

Extrañado, le pregunté por el motivo. Me explicó que para inscribirlos en registros públicos, sus padres debían viajar en canoa por el río, desde la espesura donde moraban en sus malocas hasta la localidad más cercana, donde hubiera oficinas del Estado peruano. En esas dependencias, los funcionarios se negaban a registrarlos con sus nombres machiguengas, por no considerarlos cristianos. Si el nombre no figuraba en el santoral, era inaceptable y, por lo tanto, se lo asignaba el funcionario. Con lo cual su hermano, que estaba en otro lugar de la mesa, tenía otro apellido, a criterio del registrador de turno. Su nombre real podría haber sido Korakonani («cacique legendario»), pero en su DNI figuraba como Juan Martínez o algo así.

Miren hasta dónde me ha llevado «Freud en Kabul». Muchos de nosotros portamos nombres tan azarosos como los de los machiguengas, solo que no los cuestionamos. Pensamos que no son el producto de la dominación colonial. ¿Estamos seguros de eso? Alguna vez alguien instalado en las antípodas del dirigente machiguenga, un socio del Club Nacional –el más exclusivo y, por ende, excluyente del país– me invitó a cenar en ese elegante recinto. Acepté por razones que no vienen al caso; baste decir que eran muy diversas de las que antes cité. Mientras esperaba a mi anfitrión, que llegaba con retraso, en uno de los elegantes salones de esa fastuosa construcción colonial, otro socio me reconoció⁶ y me preguntó, con esa amabilidad del aduanero suspicaz que se hace el bueno, quién me había invitado. Le dije el nombre, que no era un apellido rimbombante de las élites socioeconómicas. Entonces, inquirió: «¿Es hijo de quién?». En el Perú, en

⁵ En el Perú existen, fuera del español, 48 lenguas originarias: desde achuar hasta yine. De estas, 44 son amazónicas y 4, andinas.

⁶ No pertenezco ni por asomo a esos círculos de los llamados poderes fácticos, pero me rodea cierto halo de notoriedad –otra forma de poder y privilegio– por escribir una columna en un diario y tener alguna participación tanto en medios como en redes sociales.

estos lugares de las más elevadas murallas, la alcurnia, la ubicación estamental, es determinante. Respondí de manera *inapelable*: «Entiendo que de su madre y su padre». Fin de la conversación.

Procuro en este comentario de «Freud en Kabul» responder, con ciertas licencias de libre asociación, a la urgencia de Mariano por una permeabilidad entre el interior y el exterior del dispositivo analítico. Hace años que busco esa continuidad. No podría afirmar haberla siquiera hallado. Pero intuyo que mi trabajo como analista sería insignificante, por no decir estéril, sin intentar contactarla, una y otra vez. En la parte final de su texto, Mariano nos relata haber participado en una discusión clínica, en torno a un caso presentado por una colega venezolana, quien, por su parte, analiza a una persona exilada, como ella. Ambas en sentido literal. Además, no exilada por su deseo –como fue mi caso–, sino por haber sido expulsada de su tierra en el afán de sobrevivir.

Al Perú se calcula que han llegado un millón de venezolanos. En este preciso instante escucho por la ventana de mi escritorio a un grupo de músicos ambulantes, muy probablemente integrantes de esas oleadas migratorias. Se les puede encontrar lavando parabrisas en las esquinas de los semáforos, recorriendo la ciudad en sus motocicletas haciendo servicio de *delivery*, sin duda como prostitutas o incluso médicos atendiendo en encumbradas clínicas. Un millón de personas que han llegado por todos los medios imaginables, muchos a pie con sus trastos, enseres e hijos a la espalda.

Esta catástrofe humanitaria, migratoria, nos toca a la puerta con insistencia y, sin embargo, somos hábiles para racionalizar estrategias de oídos sordos. La llamamos neutralidad, abstinencia, pantalla en blanco, pureza del encuadre y otras variantes del análisis sin contaminación. En consonancia con esta actitud monástica, la coartada psicoanalítica tradicional ha consistido en separar el hábito del ciudadano de aquel del psicoanalista. ¿Nada tenemos, con nuestras herramientas y teorías, para decir acerca de la xenofobia, ora rampante, ora vociferante, desatada por esta masiva migración de gente desesperada? ¿Tampoco nos sentimos concernidos por el racismo, el machismo, el clasismo, la fobia transgénero y demás lacras sociales, en tanto que analistas? ¿Todos estos virus mutantes –a través de la conquista, la colonia y nuestras hoy bicentenarias repúblicas– permanecen en la sala de espera del consultorio?

En otras oportunidades he abogado por lo que, a falta de una denominación más *ad hoc*, entiendo como psicoanálisis criollo. Ese que, lejos de renunciar a nuestra extraterritorialidad latinoamericana, la integra y reivindica. Por eso me siento tan cómodo con el reclamo de Mariano. Solo, y solo si somos capaces de ponernos en el lugar de esos

desechos –como los llama Mariano– que arrojó el mar en nuestra orilla, saldremos de ese encierro dogmático, alienante, colonizado, en el que tan seguros nos sentíamos. Al punto que nuestras organizaciones psicoanalíticas son la reproducción fiel de esa suma de discriminaciones mencionadas líneas arriba. No es, pues, cuestión únicamente de un trabajo individual. Mariano está ahora representándonos en el *Board* de la IPA (dejo adrede los nombres en inglés), como antes lo hice yo mismo. Así como mi amigo recuperó su deseo analítico desorbitándose, nos aguarda un desafío considerable como colectividad analítica si no queremos que su peripecia sea una excepción.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexiévich, S. (2015). *Voces de Chernóbil*. Debolsillo. (Trabajo original publicado en 1997).
- Benedetto di, A. (1956). *Zama*. Doble P.
- Said, E. (2003). *Freud and the non-European*. Verso.
- Walcott, D. (1994). *Omeros*. Anagrama. (Trabajo original publicado en 1990).